

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año LI, número 7 (2.604)

Ciudad del Vaticano

15 de febrero de 2019



La lección de los pueblos indígenas

Ante la FAO

El Papa abrió el jueves, 14 de febrero, la 42ª sesión del Consejo de gobernadores del Fondo Internacional para el Desarrollo Agrícola con una intervención en la que señaló que la lucha contra el hambre en el mundo debe afrontarse con decisión «para que podamos escuchar no como un eslogan sino de verdad» que el hambre «no tiene presente ni futuro. Solo pasado». El Papa pasó dos horas en la sede de la FAO, la organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, que acogió las reuniones y pronunció tres discursos centrados en la importancia del desarrollo de los pueblos más necesitados, de la lucha contra el hambre y la desnutrición y de la salvaguardia de la creación, todos temas recurrentes en su pontificado. (En el próximo número publicaremos las intervenciones íntegras del Pontífice).

La semana del Papa

Cielo



Distanciarse de las apariencias mundanas es indispensable para prepararse para el Cielo

(@pontifex_es, 13 de febrero, 13:30)

Niños soldado



A miles de niños se les roba su infancia obligándoles a combatir en conflictos armados. Detengamos este crimen abominable. #ChildrenNotSoldiers

(@pontifex_es, 12 de febrero, 13:30)

Mirada de Cristo



Si nos ejercitamos para ver con la mirada de Jesús, conseguiremos reconocer siempre a quien nos necesita

(@pontifex_es, 10 de febrero, 13:30)

Creyente



El amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables, son las dos caras de una única moneda: vividos juntos son la verdadera fuerza del creyente

(@pontifex_es, 09 de febrero, 13:30)

Al personal de un centro penitenciario

Toda condena, «no puede ser cerrada, siempre debe tener «la ventana abierta» para la esperanza, tanto por parte de la prisión como de cada persona». Encontrando en el Vaticano el jueves 7 de febrero a los agentes de custodia del centro penitenciario romano de Regina Coeli, el Papa Francisco dijo en términos inequívocos que «todos deben tener siempre la esperanza de una reinserción parcial», incluso «los condenados a cadena perpetua». «Siempre la esperanza de la reinserción», subrayó, para cualquiera que deba cumplir una condena. Porque para Francisco «una pena sin esperanza no sirve, no ayuda»; por el contrario «provoca en el corazón sentimientos de rencor, muchas veces de venganza, y la persona sale peor que cómo llegó». Y recordó que tiene «mucha cercanía con los prisioneros y con las personas que trabajan en las cárceles». Y regresando con su memoria al ministerio que llevó a cabo en Buenos Aires, recordó que «en la otra diócesis iba a menudo a la prisión; y ahora, cada quince días, los domingos, hago una llamada telefónica a un grupo de prisioneros de una prisión que visitaba con frecuencia».

A la Fundación Galileo

Algunas formas modernas de esclavitud son «una herida abierta en el cuerpo de la sociedad, una llaga en la carne de Cristo y un crimen contra la humanidad». El Papa Francisco reiteró esto saludando a los miembros de la Fundación Galileo, recibidos en audiencia el viernes 8 de febrero, en la Sala del Concistorio. El pontífice subrayó el trabajo realizado por la institución «para sensibilizar sobre la situación de quienes sufren pobreza y explotación, especialmente de los que son presa de la trata de seres humanos». Se trata de «una tarea urgente y esencial para los cristianos de hoy», afirmó Francisco, destacando la coincidencia de la reunión con la repetición del memorial litúrgico de santa Josephine Bakhita, «patrona de las víctimas de la trata de seres humanos». La mujer sudanesa, recordó, «conoció a través

de una dolorosa experiencia personal la realidad de la esclavitud y sus violentas y humillantes consecuencias», aunque «por la gracia de Dios llegó a conocer la verdadera libertad y la verdadera alegría». Su experiencia de santidad representa así un llamamiento no solo a «enfrentar con mayor determinación las formas modernas de esclavitud», sino también a «aprender de su gran ejemplo»: la santa, dijo el Papa, «nos enseña cómo dedicarnos a los pobres. Con ternura, delicadeza y compasión».

Misioneros y misioneras de África

El Papa recibió el día 8 a los miembros de la Sociedad de los misioneros de África y de la Congregación de las Religiosas Misioneras de Nuestra Señora de África, con ocasión del 150º aniversario de su fundación, por obra del Cardenal Charles-Martial Allemand Lavigerie, y les pidió que sean «nómadas del Evangelio» en «los desiertos de este mundo», para «acompañar a los hermanos al oasis que es el Señor, para que el agua viva de su amor apague cualquier sed suya». Además, Francisco, les pidió que, «luchando contra todas las formas actuales de esclavitud», siembren esperanza haciéndose «cercanos a los pequeños y a los pobres, a aquellos que esperan, en las periferias de nuestra sociedad, ser reconocidos en su dignidad, ser acogidos, protegidos, levantados, acompañados, promovidos e integrados».

Justicia inclusiva y respetuosa con la dignidad

La justicia siempre debe tener en cuenta que sus tiempos y sus modalidades «tocan la carne viva de las personas, especialmente las más necesitadas», dejando «signos de alivio y consuelo, o heridas de olvido y discriminación». Esta es la consigna que el Papa confió a los jueces y fiscales italianos con motivo del 110º aniversario de la Asociación Nacional de Magistrados. Recibiéndolos en el Vaticano el sábado 9 de febrero, el Pontífice les aconsejó que siempre juzguen con pleno respeto «la dignidad de cada persona, sin discriminación ni prejuicio», y con «una mirada

de bondad» marcada por la misericordia, que permite un juicio siempre más «inclusivo», atento a los últimos y a su integración: «de hecho —aclaró— cuando se trata de dar a cada uno lo debido, no se puede olvidar la extrema debilidad que afecta a la vida de muchos e influye en sus elecciones».

Sobre la Teología

Cuando «administro la Reconciliación raramente alguno se acusa de haber hecho violencia a la naturaleza, a la tierra, a la creación. Todavía no somos conscientes de este pecado. Es vuestra tarea hacerlo». Es una consigna original y específica la que ofreció el Pontífice a los docentes y estudiantes de la Academia Alfonsiana—Instituto superior de teología, recibidos en audiencia el 9 de febrero. Francisco subrayó que «la dimensión ecológica es un componente esencial de la responsabilidad de cada persona y de cada nación». Y también señaló que «como San Alfonso, siempre debemos evitar dejarnos aprisionar por posturas de escuela o por juicios formulados «lejos de la situación concreta y las posibilidades reales» de las personas y de las familias». Y añadió que es necesario «protegerse contra una «idealización excesiva» de la vida cristiana que no es capaz de despertar la «confianza en la gracia»».

A la cumbre de Dubai

No se puede «hablar de desarrollo sostenible sin solidaridad». Es lo que afirma el Papa Francisco en un videomensaje enviado a los participantes de la VII Cumbre Mundial de Gobiernos, que se llevó a cabo en Dubai, en los Emiratos Árabes Unidos del 10 al 12 de febrero. En su mensaje, Francisco dijo a los participantes: «Espero que en sus actividades comiencen por los rostros de las personas, que escuchen el grito de los pueblos, el grito de los pobres, que reflexionen sobre las cuestiones de los niños».

Y señaló: «Espero que la pregunta en la que se basan las reflexiones no sea tanto: ¿cuáles son las mejores oportunidades que hay que aprovechar? sino ¿qué tipo de mundo queremos construir juntos?»

Llamamiento contra la trata de seres humanos



Todos debemos colaborar en la lucha contra el tráfico de seres humanos denunciando «los casos de explotación y esclavitud de hombres, mujeres y niños». Lo pidió el Papa Francisco al finalizar el rezo del Angelus en la plaza San Pedro, el domingo 10 de febrero, recordando la Jornada mundial contra la trata de personas, que se celebró el viernes 8. Con anterioridad, el Pontífice dedicó su reflexión al pasaje evangélico de Lucas (5, 1-11), que cuenta la llamada de Pedro.

Queridos hermanos y hermanas, ¡Buenos días!

El Evangelio de hoy (cf. Lucas 5, 1-11) nos propone, en el relato de Lucas, la llamada de san Pedro. Su nombre —lo sabemos— era Simón y era pescador. Jesús, en la orilla del lago de Galilea, lo ve mientras está arreglando las redes, junto con otros pescadores. Lo encuentra fatigado y decepcionado, porque esa noche no habían pescado nada. Y Jesús lo sorprende con un gesto inesperado: se sube a su barca y le pide que se aleje un poco de tierra porque quiere hablar a la gente desde allí, había mucha gente. Entonces Jesús se sienta en la barca de Simón y enseña a la multitud reunida a lo largo de la orilla. Pero sus palabras también reabren a la confianza el corazón de Simón. Entonces Jesús, con otro «gesto» sorprendente, le dice: «Boga mar adentro y echad vuestras redes para pescar» (v. 4). Simón responde con una objeción: «Maestro, hemos estado bregando todo la noche y no hemos pescado nada...». Y, como experto pescador, podría haber agregado: «Si no hemos pescado por la noche, mucho menos vamos a pescar de día». En cambio, inspirado por la presencia de Jesús e iluminado por su Palabra, dice: «pero, en tu palabra, echaré las redes» (v. 5). Es la respuesta de la fe, que nosotros también estamos llamados a dar; Es la actitud de disponibilidad que el Señor pide a todos sus discípulos, sobre todo a aquellos que tienen tareas de responsabilidad en la Iglesia. Y la obediencia confiada de Pedro genera un resultado prodigioso: «Y haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces» (v. 6).

Es una pesca milagrosa, un signo del poder de la palabra de Jesús: cuando nos ponemos con generosidad a su servicio, Él obra grandes cosas en nosotros. Así actúa con cada uno de nosotros: nos pide que lo acojamos en la barca de nuestra vida, para recomenzar con él a surcar un nuevo mar,

Denunciar los casos de explotación y esclavitud

que se revela cuajado de sorpresas. Su invitación a salir al mar abierto de la humanidad de nuestro tiempo, a ser testigos de la bondad y la misericordia, da un nuevo significado a nuestra existencia, que a menudo corre el riesgo de repliegarse sobre sí misma. A veces, podemos sentirnos sorprendidos y titubeantes ante la llamada del Maestro Divino, y tentados a rechazarlo porque no nos sentimos a la altura. Incluso Pedro, después de aquella pesca increíble, le dijo a Jesús: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» (v. 8). Esta humilde oración es hermosa: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador». Pero lo dijo de rodillas ante Aquel que ahora reconoce como «Señor». Y Jesús lo alienta diciendo: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres» (v. 10), porque Dios, si confiamos en Él, nos libra de nuestro pecado y nos abre un nuevo horizonte: colaborar en su misión. El mayor milagro realizado por Jesús para Simón y los demás pescadores decepcionados y cansados, no es tanto la red llena de peces, sino haberlos ayudado a no caer víctimas de la decepción y el desaliento ante las derrotas. Les abrió el horizonte de convertirse en proclamadores y testigos de su palabra y del reino de Dios. Y la respuesta de los discípulos fue rápi-

da y total: «Llevaron a tierra las barcas y dejando todo lo siguieron» (v. 11).

¡Que la Santísima Virgen, modelo de pronta adhesión a la voluntad de Dios, nos ayude a sentir la fascinación de la llamada del Señor y nos haga disponibles a colaborar con él para difundir su palabra de salvación en todas partes!

Al finalizar la oración mariana, después del nuevo llamamiento contra el tráfico de personas, el papa invitó a los fieles a rezar con él una oración a santa Josefina Bakhita, patrona de las víctimas de la trata de seres humanos.

Queridos hermanos y hermanas,

Hace dos días, en el memorial litúrgico de Santa Josefina Bakhita, se celebró la v Jornada mundial contra la trata de personas. El lema de este año es «Juntos contra la trata» [aplausos en la Plaza] — ¡Otra vez! [vuelven a aplaudir] «¡Juntos contra la trata!» No os olvidéis. Invita a aunar las fuerzas para vencer este reto. Doy las gracias a todos los que luchan en este frente, en particular a tantas religiosas. Lanzo, en especial, un llamamiento a los gobiernos para que enfrenten con decisión las causas de esta plaga y protejan a las víctimas. Pero todos podemos y debemos colaborar denunciando los casos de explotación y esclavitud de hombres, mujeres y niños. La oración es la fuerza que sostiene nuestro compromiso común. Por este motivo, ahora os invito a rezar conmigo la oración a Santa Josefina Bakhita que se ha distribuido en la Plaza. Recemos juntos: Santa Josefina Bakhita, cuando eras una niña, te vendieron como esclava y tuviste que atravesar dificultades y sufrimientos indecibles. Una vez liberada de tu esclavitud física, encontraste la verdadera redención en el encuentro con Cristo y su Iglesia. Santa Josefina Bakhita, ayuda a todos aquellos que están atrapados en la esclavitud.

En su nombre, intercede ante el Dios de la misericordia, para que las cadenas de su cautiverio se rompan. ¡Qué Dios libere a todos aquellos que han sido amenazados, heridos o maltratados por la trata y el tráfico de seres humanos!. Brinda alivio a quienes sobreviven a esta esclavitud y enseñales a ver a Jesús como modelo de fe y esperanza para que así puedan curar sus heridas. Te rogamos que reces e intercedes por todos nosotros: para que no caigamos en la indiferencia, para que abramos los ojos y podamos ver la miseria y las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de su dignidad y libertad y escuchar su grito de ayuda. Amén. Santa Josefina Bakhita, ruega por nosotros. Os deseo a todos un feliz domingo. Por favor no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.

Intercambio de cartas entre el Pontífice y presas argentinas

«Ustedes están privadas de su libertad, no de su dignidad ni de su esperanza»: es lo que asegura el Papa a un grupo de presas argentinas del centro penitenciario femenino de Ezeiza, en la provincia de Buenos Aires. El Pontífice ha querido así responder a las reclusas que le habían escrito para contar historias de dolor, manifestando temores y preguntas acerca de su condición de mujeres y madres que viven detrás de los barrotes. En la misiva, escrita en español, y datada con fecha del 3 de febrero, Francisco explica que la cárcel no puede reducirse a un mero castigo, porque «la sociedad tiene la obligación de procurar la reinserción, no el descarte». Y esta cárcel argentina ofrece una posibilidad en ese sentido, ya que ha activado un laboratorio artesanal donde las presas aprenden un trabajo. También porque, señala el Papa Francisco, la reinserción «comienza creando un sistema que podríamos llamar de salud social, es decir, una sociedad que procure que no se enfermen las relaciones en el barrio, en las escuelas, en las plazas, en las calles, en los hogares, en todo ámbito de la vida en común.

Y, sobre todo, una sociedad sin excluidos ni marginados». Además, continúa el Pontífice, «Jesús nos invita a dejar la lógica simplista de dividir entre buenos y malos para ingresar en otra dinámica, capaz de asumir la fragilidad, nuestros límites y pecados, y así poder salir adelante. Y podemos hacerlo porque la misericordia del señor nos abraza a todos». En particular, Francisco recuerda que muchas de las detenidas son madres que piden ayuda para sus hijos. Estas, explica, saben qué quiere decir generar vida y ahora se encuentran afrontando el desafío de generar el futuro y tienen la capacidad de hacerlo, «aún cuando deban luchar contra tantos determinismos». De ahí, la invitación a la esperanza: «No se dejen cosificar, —escribe— no son un número, son personas que gestan esperanza porque quieren parir esperanza». Después de especificar que ningún conflicto se resuelve aislando, eliminando o descartando a las personas, el Papa también ha constatado cuántas veces perdemos de vista lo que debe ser el centro de las preocupaciones sobre los presos: sus vidas, la de sus familias y también la de los que han sido víctimas de la violencia.

Sobre la protección de menores

Es necesario cambiar de actitud

MAURIZIO FONTANA

El ochenta y cinco por ciento de los menores en Oriente Medio y el norte de África son víctimas de violencia: heridos en el cuerpo, en la psique y en el alma por abuso sexual, guerra, terrorismo, reclutamiento forzado en milicias, falta de justicia en todos los niveles. Se trata de ochenta y cinco millones de niños y jóvenes.

Y de este dato, un verdadero puñetazo en el estómago y en la conciencia de todos, partió el Padre Hans Zollner para presentar —en una reunión celebrada en Roma la mañana del martes 12 de febrero con los periodistas— las principales líneas de la cumbre sobre la protección de los menores en la Iglesia que tendrá lugar en el Vaticano del 21 al 24 de febrero. «¿Quién habla de estos ochenta y cinco millones de niños? ¿Quién está hablando de esto?», preguntó provocativamente el miembro jesuita del comité organizador de la cumbre. Ninguno. Pero el conocimiento, la conciencia es el primer paso decisivo para enfrentar este drama.

Y este será uno de los pasos fundamentales que se llevarán a cabo en la cumbre muy deseada por el Papa Francisco. Será, según especificó el jesuita, una reunión de pastores que por primera vez pondrán sobre la mesa el tema de la protección de los menores en la Iglesia de manera sistémica, teniendo en cuenta las estructuras y procedimientos a nivel global.

El encuentro, anticipó Zollner, verá la participación constante del Papa y se estructurará de acuerdo con tres puntos fundamentales. El primer día se discutirá sobre las responsabilidades pastorales y jurídicas del obispo. Después será el momento de establecer —segundo día de trabajo— a quién el obispo o superior de una orden debe dar cuenta de su trabajo sobre el tema y luego identificar qué estructuras, procedimientos y métodos son de aplicación concreta. Este es un aspecto que involucra directamente la sinodalidad, uno de los elementos clave de la cumbre de finales de febrero. Finalmente, el tercer día estará dedicado al tema de la transparencia. La transparencia interna, naturalmente, pero también hacia las autoridades estatales y todo el pueblo de Dios.

Lo fundamental —agregó el presidente del Centro para la protección de menores en la Pontificia Universidad Gregoriana— es entender que las normas no son suficientes: la claridad de los procedimientos no resolverá mágicamente el problema. La verdadera pregunta es cómo llegar a cambiar la actitud. La ayuda puede venir de escuchar directamente a las víctimas de abuso. Una escucha que todos los obispos han sido invitados a hacer directamente en sus propios países y que será posible también durante la cumbre gracias a algunos testimonios que ya se han previsto en el programa.

«Quien realmente escucha el grito de ayuda que proviene de una de estas víctimas —subrayó el Padre Zollner— el llanto, las heridas de la psique, del cuerpo, del corazón y de la fe, no pueden quedarse como antes». Esta será una de las herramientas principales para concienciar a los representantes de toda la Iglesia.

Se trata, especificó el jesuita, de una etapa en un largo recorrido por completar, pero ciertamente «tenemos la ocasión de hacer algo importante».



El presidente de la Conferencia episcopal argentina

El abuso y el concepto de poder

MARCO BELLIZI

La clave para comprender el fenómeno de los abusos sexuales está en la concepción del poder. Porque el abuso es siempre una explotación de una posición de inferioridad, ya sea esta física, psicológica o jerárquica. Está convencido de ello el obispo Oscar Ojea, presidente de la Conferencia episcopal argentina. La Iglesia en el país sudamericano ha presentado normas urgentes en materia de abusos cometidos por miembros del clero, intentando facilitar la posibilidad para las víctimas de denunciar sin temor. En la página web del propio organismo están presentes las líneas guía de implementación de estas disposiciones y las indicaciones para un comportamiento apropiado en el caso de que se tenga conocimiento de situaciones sospechosas.

Si el poder está en la raíz, el silencio, de hecho, es uno de los frutos más odiosos. El menor vulnerable, explica el prelado, entra en una red de indiferencia: «En el silencio hay factores neurológicos y psicológicos implicados, el silencio es parte del trauma del abuso y el comienzo de poder hablar es parte de la curación». Desde ese momento se inicia una nueva fase, liberadora, pero dolorosa, que debe tener en cuenta diversos aspectos públicos, desde la justicia a la reparación. «Para que haya abuso sexual —explica nuevamente monseñor Ojea— seguramente tiene que haber habido abuso de autoridad y manipulación de la conciencia». Una conciencia manipulada no es capaz de expresarse adecuadamente. A menudo pierde también la capacidad de comunicar lo que le está sucediendo. «Empezar a resolver el problema grave que es el abuso comienza con poder comunicar y hablar, pero eso es posible si todos aprendemos a generar el espacio para escuchar. A partir de ahí, podemos empezar a reparar. Esto implica accionar en varios planos como la justicia, psicología y la espiritualidad. La sanación —explica el prelado— supone además cerrar las heridas, el dolor y el enojo profundo. Es imprescindible orientar toda esa fuerza y esa energía para poder capitalizar todo ese dolor, llamado a ser semilla de un mundo que nos permita entrar en una cultura del cuidado, enseñando a los chicos, chicas y a los jóvenes para saber decir que no cuando se trata de la invasión de la propia intimidad. A confiar en los adultos responsables». Porque el abuso casi siempre tiene su origen en experiencias de violencia que generan otras en una desesperada coacción a repetirlo. Romper este círculo es dar una gran contribución a la prevención.

El presidente de los obispos argentinos tiene muchas esperanzas en la conferencia sobre los abusos convocada por el Papa Francisco en el Vaticano del 21 al 24 de febrero. Para este propósito, monseñor Ojea invita a leer la parte del mensaje que el Pontífice envió a los obispos chilenos en el que afirma

que «confesar el pecado es necesario, buscar remediarlo es urgente, conocer las raíces del mismo es sabiduría para el presente y el futuro. Sería grave omisión de nuestra parte no ahondar en las raíces». A partir de esta cita Ojea expresó que «este tema de las raíces de los abusos que Francisco llama Cultura del Abuso, es lo que intenta combatir y transformar para instalar una auténtica cultura del cuidado, como lo propone en su Encíclica *Laudato si'* y prosigue diciendo que «el nunca más a la cultura del abuso así como al sistema de encubrimiento que le permite perpetuarse, exige trabajar entre todos para generar una cultura del cuidado que impregne nuestras formas de relacionarnos, de rezar, de pensar, de vivir la autoridad; nuestras costumbres y lenguajes y nuestra relación con el poder y el dinero».

«Hoy sabemos —explica el prelado— que la mejor palabra que podamos dar frente al dolor causado es el compromiso para la conversión personal, comunitaria y social que aprenda a escuchar y cuidar especialmente a los más vulnerables. Urge por tanto, generar espacios donde la cultura del abuso y del encubrimiento no sea el esquema dominante; donde no se confunda una actitud crítica y cuestionadora con traición».

En mayo de 2017, la Conferencia episcopal argentina creó el Consejo pastoral para la protección de los menores y de los adultos vulnerables. Sus objetivos son promover, en el ámbito de las estructuras eclesiales argentinas, la protección y la dignidad de los menores y de los adultos vulnerables a través de programas de prevención implementando la construcción de ambientes sanos, seguros y protegidos. El episcopado, naturalmente se ha comprometido también a escuchar a las víctimas: «En mi caso personal —relata monseñor Ojea— el encuentro con las víctimas ha cambiado mi modo de percibir la gravedad del abuso sexual. Tuve que escuchar cosas muy duras y muy desgarradoras frente a las cuales era imposible decir alguna palabra que no fuera estar al lado de ellos. Ante estas situaciones el Obispo vive una auténtica experiencia de cruz, sintiendo que forma parte de una gran purificación a la que esta llamada nuestra Iglesia». Luego manifestó que «una cosa es imaginarse un diálogo, incluso preparándose con la mente y en la sensibilidad, y otra cosa es afrontarlo en el plano vivencial ya que no hay otra receta que sufrir con la Iglesia, en este caso». Ojea prosiguió, expresando que «sin duda después de estos encuentros, quedé con una gran motivación para poner la gravedad de este delito por encima de todas las otras consideraciones, incluso las dificultades mediáticas». También porque «en la medida que la Iglesia pueda ahondar en las consecuencias de este drama y encontrar los medios efectivos para combatirlo, ayudaríamos enormemente, no solamente a las víctimas de abusos cometidos por clérigos y a la Iglesia, sino también, a toda la sociedad que está envuelta en este flagelo».

Jesucristo, plenitud del hombre, que vive y actúa en la Iglesia, invita a todos los hombres al encuentro transfigurador con él, «camino, verdad y vida» (Jn 14, 6). Los santos han recorrido este camino. Lo hizo Pablo VI, siguiendo el ejemplo del apóstol cuyo nombre asumió, en el momento que el Espíritu Santo lo eligió como Sucesor de Pedro.

Pablo VI (Giovanni Battista Montini) nació el 26 de septiembre de 1897 en Concesio (Brescia), Italia. El 29 de mayo de 1920 fue ordenado presbítero. Desde 1924 prestó su colaboración a los Sumos Pontífices Pío XI y Pío XII y, al mismo tiempo, ejerció el ministerio presbiteral con los jóvenes universitarios. Nombrado Sustituto de la Secretaría de Estado, durante la Segunda Guerra Mundial se dedicó a buscar refugio para los hebreos perseguidos y los prófugos. Más tarde, nombrado Pro-Secretario de Estado para los Asuntos Generales de la Iglesia, debido a su particular cargo, conoció y se reunió también con muchos promotores del movimiento ecuménico. Nombrado arzobispo de Milán, prestó una gran dedicación a la diócesis. En 1958 fue elevado a la dignidad de Cardenal de la Santa Iglesia Romana por san Juan XXIII y, tras la muerte de éste, fue elegido para la cátedra de Pedro el 21 de junio de 1963. Perseverando con entusiasmo en el trabajo iniciado por sus antecesores, llevó a cumplimiento particularmente el Concilio Vaticano II y dio inicio a numerosas iniciativas, signo de su gran solicitud por la Iglesia y el mundo contemporáneo, entre los cuales recordamos sus viajes como peregrino, realizados como servicio apostólico y que sirvieron tanto para preparar la unidad de los Cristianos, como para reivindicar la importancia de los derechos fundamentales de los hombres. También ejerció el magisterio supremo en favor de la paz, promovió el progreso de los pueblos y la inculturación de la fe, así como la reforma litúrgica, aprobando ritos y plegarias, teniendo en cuenta tanto la tradición como la adaptación a los nuevos tiempos, y promulgando con su autoridad, para el Rito Romano, el Calendario, el Misal, la Liturgia de las Horas, el Pontifical y casi todo el Ritual, a fin de favorecer la participación activa del pueblo fiel en la liturgia. Asimismo, trató que las celebraciones pontificias tuvieran una forma más sencilla.

El 6 de agosto de 1978 entregó su alma a Dios en Castel Gandolfo y, según sus disposiciones, fue sepultado en humildad, tal como había vivido. Dios, pastor y guía de todos los fieles, confía a su Iglesia, peregrina en el tiempo, a quienes ha constituido vicarios de su Hijo. Entre ellos resplandece san Pablo VI, quien unió en su persona la fe límpida de san Pedro y el celo misionero de san Pablo. Recordemos que, en su visita al Consejo ecuménico de las Iglesias en Ginebra, el 10 de junio de 1969, aparece con claridad su conciencia de ser Pedro, al presentarse diciendo: «Mi nombre es Pedro». Pero la misión para la cual se sentía elegido se derivaba también del nombre adoptado. Como Pablo, gastó su vida por el Evangelio de Cristo, atravesando nuevas fronteras y convirtiéndose en su testigo con el



Decreto de la congregación para el culto divino La celebración de san Pablo VI en el calendario romano general

anuncio y el diálogo, profeta de una Iglesia extrovertida que mira a los lejanos y cuida de los pobres. De hecho, la Iglesia fue siempre su amor constante, su preocupación primordial, su pensamiento fijo, el primer y fundamental hilo conductor de su pontificado, porque quería que la Iglesia tuviera mayor concien-

cia de sí misma para difundir, cada vez más, el anuncio del Evangelio. Considerando la santidad de vida de este Sumo Pontífice, testimoniada por sus obras y palabras, teniendo en cuenta la gran influencia ejercida por su ministerio apostólico para la Iglesia diseminada por toda la tierra, el Santo Padre Francisco, acogiendo

las peticiones y los deseos del Pueblo de Dios, ha dispuesto que la celebración de san Pablo VI, papa, se inscriba en el Calendario Romano General, el 29 de mayo, con el grado de memoria libre. Esta nueva memoria debe inscribirse en todos los Calendarios y Libros litúrgicos para la celebración de la Misa y de la Liturgia de las Horas; los textos litúrgicos que han de ser adoptados, adjuntos al presente decreto, deben ser traducidos, aprobados y, tras la confirmación de este Dicasterio, publicados por las Conferencias de Obispos. No obstante cualquier disposición contraria.

En la sede de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, a 25 de enero de 2019, fiesta de la Conversión de san Pablo, apóstol.

ROBERT CARD. SARAH
Prefecto
+ARTHUR ROCHE
Arzobispo secretario

Apóstol valiente del Evangelio

ROBERT CARD. SARAH*

Con decreto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, de fecha 25 de enero, el Papa Francisco estableció que la memoria de san Pablo VI sea inscrita en el Calendario General de la Iglesia de Rito Romano, teniendo en cuenta, tanto la importancia universal de su actividad como el ejemplo de santidad dado al Pueblo de Dios. El día de la celebración será el 29 de mayo, fecha de su ordenación presbiteral en 1920, ya que el 6 de agosto, día de su nacimiento para el cielo, es la fiesta de la Transfiguración del Señor. Si el santo es aquel que, haciendo fructificar la gracia divina en las obras, conforma su propia vida a Cristo, Pablo VI lo hizo respondiendo a la vocación a la santidad como bautizado, presbítero, obispo, Sumo Pontífice, y ahora contempla a Dios cara a cara.

Siempre subrayó que «solo en la búsqueda sincera de Dios, hecha con la oración, con la penitencia y con la *metánoia* de todo el ser, se pueden asegurar los verdaderos éxitos de la vida cristiana y apostólica, y poner en práctica la primera y siempre viva llamada del Señor a la santidad: *Impletum est tempus, et appropinquavit regnum Dei; paenitemini et credite evangelio (Mc 1, 15). Estote ergo vos perfecti sicut et Pater vester caelestis perfectus est (Mt 5, 48)*» (*Discurso al Sacro Colegio en la felicitación de la onomástica*, 21 de junio de 1976).

En 1931, siendo presbítero, cuando ya había comenzado su servicio a la Santa Sede, después de haber escrito que no quería «ninguna regla, ninguna añadidura extraordinaria» que distinguiera su vida cristiana de la forma normal, agregó que quería cultivar «un particular amor por lo que es esencial y común en la vida espiritual católica. Así —escribía— tendré la Iglesia madre de la caridad: su Liturgia será la regla preferida para mi espiritualidad religiosa».

Y meditando sobre el «*imitamini quod tractatis*», extraña del misterio de la Eucaristía la consecuente necesidad de la «inmolación de su propia vida donde fuera», indicándola como «la misa en la vida» unida al «*semper gratias agentes*» (*Apuntes en los ejercicios espirituales en Montecasino*). Junto al decreto, se publican los textos que se insertarán en los Libros litúrgicos (*Calendario, Misal, Liturgia de las Horas, Martirologio*). La oración colecta hace resonar lo que Dios ha llevado a cabo en su fiel servidor: «has encomendado el cuidado de tu Iglesia al papa san Pablo, apóstol valiente del Evangelio de tu Hijo», y le pide: «haz que, iluminados por sus enseñanzas, podamos cooperar contigo para difundir en el mundo la civilización del amor».

Aquí se resumen las características principales de su pontificado y de su enseñanza: una Iglesia, que pertenece al Señor (*Ecclesiam Suam*), dedicada al anuncio del Evangelio, como recordó en la *Evangelii nuntiandi*, llamada a testimoniar que Dios es amor. Se indican

también las lecturas bíblicas para la Misa, elegidas del Común para los papas, y, como lectura para el Oficio de lecturas, algunos párrafos de la homilía que pronunció en la última Sesión pública del Concilio, el 7 de diciembre de 1965, sintetizado en el tema: *Para conocer a Dios necesitamos conocer al hombre*. Pablo VI vivió, antes y después de ser papa, mirando constantemente a Cristo, de quien sintió y proclamó la necesidad para cada hombre. Lo había manifestado en su primera Carta pastoral como Arzobispo de Milán titulada, con una expresión de san Ambrosio: *Omnia nobis est Christus*.

En una reflexión del 5 de agosto de 1963, un mes y medio después de su elección para la Cátedra de Pedro, escribió: «Tengo que volver al inicio: la relación con Cristo... que debe ser fuente de sincerísima humildad: «aléjate de mí; que soy un pecador...»; tanto en la disponibilidad: «os haré pescadores...»; como en la simbiosis de la voluntad y de la gracia: «para mí la vida es Cristo...». El amor por Cristo es el amor por su Iglesia. En *Meditación ante la muerte*, escribió con razón: «Ruego al Señor que me dé la gracia de hacer de mi muerte, ya próxima, un don de amor a la Iglesia. Podría decir que la he amado siempre y me parece haber vivido para ella y no para otra cosa».

Fascinado por la figura y la actividad apostólica de san Pablo, cuando el Espíritu Santo lo señaló como sucesor de san Pedro, no escatimó sus energías al servicio del Evangelio de Cristo, de la Iglesia y de la humanidad, vista a la luz del plan divino de salvación. Defensor de la vida humana, de la paz y del verdadero progreso de la humanidad, como lo demuestran sus enseñanzas, quería que la Iglesia, inspirándose en el Concilio y poniendo en práctica sus principios normativos, redescubriera cada vez más su identidad, superando las divisiones del pasado y muy atenta a los nuevos tiempos: Iglesia de Cristo, que pone en primer lugar a Dios, el anuncio del Evangelio, incluso cuando se prodiga por los hermanos, para construir esa «civilización del amor» inaugurada por el Espíritu en Pentecostés.

En *Algunas notas para mi testamento*, Pablo VI escribió: «Ningún monumento para mí». Aunque en octubre de 1989 se le erigió un monumento en la catedral de Milán, el verdadero monumento lo construyó el mismo Pablo VI con su testimonio, con sus obras, con sus viajes apostólicos, con su ecumenismo, con su labor para la *Nova Vulgata*, con la renovación litúrgica y con sus múltiples enseñanzas y ejemplos, mostrando así el rostro de Cristo, la misión de la Iglesia, la vocación del hombre moderno y conciliando el pensamiento cristiano con las exigencias de la difícil hora en la cual tuvo que guiar, sufriendo mucho, la Iglesia.

*Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

Publicamos a continuación el discurso pronunciado por monseñor Fernando Chica Arellano, observador Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA, en la IV reunión mundial del Foro de los pueblos indígenas, convocada por el fondo internacional de desarrollo agrícola (FIDA). La intervención de Chica Arellano, el 13 de febrero de 2019, se centró en el tema «Cuidar la vida, cuidar el medio ambiente», que es un «binomio inescindible a la luz del magisterio de Francisco».

Agradecemos vivamente la invitación para traer a colación algunas ideas del rico magisterio del Papa Francisco, en especial de su encíclica *Laudato si'*, en esta IV reunión mundial del Foro de los pueblos indígenas, convocada por el Fondo Internacional para el Desarrollo Agrícola (FIDA). Los trabajos de estos días se inician en un primer plano la variedad de estos pueblos, su contribución al devenir de la humanidad, algunas de las problemáticas a las que se enfrentan y los retos a los que quieren responder. Dialogar con ellos es una circunstancia propicia para apreciar que nunca pueden ser considerados una minoría, sino auténticos interlocutores que con su estilo de vida nos instruyen atinadamente sobre una armónica y fecunda relación entre los seres humanos y la naturaleza, recordándonos, en particular, que el hombre no tiene un poder absoluto sobre la Creación. Es, por el contrario, parte de ella y ha de administrar, no devastar sus recursos, sino gestionarlos con rectitud y amplitud de miras. La comensalidad de los pueblos indígenas es, por tanto, un libro abierto de donde podemos sacar luminosas lecciones quienes no pertenecemos a su cultura.

Todas estas claves están pidiendo una escucha recíproca, un diálogo cordial y sincero, pues los problemas que afectan a nuestro planeta tienen perspectivas globales e imbricadas. Nos afectan, pues, a todos y entre todos hemos de resolverlos, buscando caminos de concordia, cooperación y mutua edificación.

Estos pueblos y comunidades tienen una copiosa experiencia. Son depositarios de ricas tradiciones espirituales y culturales que han pasado de padres a hijos, de saberes ancestrales que conservan toda su vigencia y validez, ya que muestran la forma de tratar rectamente la tierra, de acercarse a ella con el esmero que a la misma merece. Nos recuerdan así a todos el deber que tenemos de relacionarnos con el medio ambiente de una forma sensata, clarividente y sostenible, desterrando la avaricia, la falta de escrúpulos y los planteamientos sesgados, que lo único que hacen es agotarlo o diezmarlo. Los pueblos originarios, a través de los siglos, han logrado, en cambio, conjugar verbos tan importantes como «cuidar», «proteger» y «respetar», y de esa manera se han situado en la vida y se han enriquecido con los tesoros de la naturaleza sin destruirlos ni malograrlos. Se glorían también con justa razón cuando reconocen la sacralidad del mundo y del ser humano, cuando hacen gala del amor a la libertad, de un genuino sentido de la hospitalidad, del apego a la familia, la sencillez y la contemplación. Defender la vida, desde el inicio de su concepción hasta su ocaso natural, proteger a los niños en su tierra infancia, dar un puesto de honor a los ancianos, como brújulas y diestros pedagogos de las nuevas generaciones, son otros tantos valores que anidan en el alma de estas comunidades.

Estos pueblos nos recuerdan igualmente que salvaguardar el medio ambiente es un modo privilegiado de tutelar la vida y posibilitar que la misma se desarrolle armoniosamente. Es el cami-

no para que niños y jóvenes no solamente tengan un presente que les permita desplegar todas sus capacidades, sino también un porvenir sin temores ni inquietudes.

La Santa Sede siempre ha levantado su voz solicitando proyectos, medidas y disposiciones eficaces para conservar nuestro planeta, para proteger la naturaleza creada por Dios. Al hacerlo, lo ha llevado a cabo desde una perspectiva integradora, pensando que los síntomas en el medio ambiente nos hablan de un problema espiritual y ético, puesto que «la degradación ambiental y la degradación humana y ética están íntimamente unidas» (LS, 56). En concreto, Francisco, desde los comienzos de su pontificado, ha pedido insistentemente una atención amorosa a los desfavorecidos de este mundo, que son las primeras víctimas cuando no se otorga el debido respeto a nuestro entorno. Ha subrayado que la tierra ha de ser salvaguardada, que los recursos naturales han de ser debidamente custodiados, por encima de intereses exclusivamente económicos.

Cuando es únicamente el insaciable afán de lucro el que mueve el mundo, todos somos testigos de la espiral de males e injusticias que ello engendra. Más bien es la persona la que ante todo debe preocuparnos: cada hombre y cada mujer, todo hombre y toda mujer, el ser humano en su integridad. Si esta prioridad no está clara, dejáremos como herencia a las generaciones venideras unas tierras marichas, unos mares esquilmanos, un aire viciado, eriales donde antes florecían hermosos vergeles. Se comprende así que, el mismo día del solemne inicio de su ministerio petriño, el Papa proclamara sin ambages: «Quisiera pedir, por favor, a todos los que ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad: seamos «custodios» de la creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro, del medio ambiente; no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro. Pero, para «custodiarlo», también tenemos que cuidar de nosotros mismos. Recordemos que el odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón, porque ahí es de donde salen las intenciones, buenas y malas: las que construyen y las que destruyen».

Por eso mismo, y consciente de que cuando el ser humano no cuida de la Creación ni favorece a sus semejantes, gana entonces terreno el aniquilamiento y su corazón se queda yermo, el Pontífice escribió su encíclica *Laudato si'*, firmada el 24 de mayo de 2015 (LS). Con ella, el Santo Padre desea subrayar la importancia que tiene tender la mano a los necesitados de este mundo, que son los más padecidos el quebrantado que está sufriendo nuestro planeta, al que él llama «casa común», para recalcar que ha de ser hogar donde todos nos sintamos acogidos (cf. LS, 48).

Sabe bien Su Santidad que la vida no puede prosperar en una tierra árida, que lesionar la tierra acaba lacrando al hombre que la habita. Y, viceversa, preocuparse de la tierra permite que la

vida se despliegue en toda su riqueza y variedad. El año pasado reiteró esta convicción suya en Puerto Maldonado, en un encuentro con los pueblos amazónicos: «La defensa de la tierra no tiene otra finalidad que no sea la defensa de la vida».

En su pensamiento, el Papa estrecha los polos de ese binomio, o lo que es lo mismo, alienta a la humanidad a superar el repliegue sobre sí misma, una visión antropológica despotista y quimérica, pensando que todo está a merced nuestra, que todo depende del ejercicio veleidoso de nuestra libertad, de una voluntad caprichosa y desenfrenada. Nada más lejos de la realidad. En ella, en cambio, nos sumerge poner los ojos en el entorno que nos rodea. Percibimos entonces que nuestro yo se encuentra inmerso en la naturaleza. Lo Creado no ha salido de nuestras manos, sino que nos antecede. La tierra no es consecuencia de nuestra estrategia ni de nuestros cálculos, no es el resultado de una decisión humana. Es un regalo que recibimos, un regalo del Creador que él nos confía. Es un espacio para convivir en fraternidad, cultivándolo con sabiduría, compartiendo sus frutos con justicia y buscando no degradarlo, sino garantizar su continuidad y fecundidad, y ello para beneficio nuestro y disfrute de las generaciones venideras. Puede que esta sea la luz más clara que nace de la lectura de la encíclica. Una luz necesaria hoy más que nunca si queremos tener perspectivas factibles de futuro y no quedar atrapados por un presente inviable, en donde unos pocos tienen mucho y muchos carecen de lo más mínimo (cf. LS, 67-69, 90).

Cuando la humanidad no se preocupa debidamente de la casa que la acoge, es la propia vida humana la que se pone en peligro. Al mismo tiempo, lo que le pasa al ambiente tiene mucho que ver con nuestro estilo de vida. Res-

petar la vida, sobre todo en los débiles e indefensos, y proteger el medio ambiente son principios que se pueden defender mejor si afianzamos en nosotros que es más lo que nos une que lo que nos separa, que todas las personas somos iguales en dignidad. Y si en la casa común alguien no puede entrar y sentirse acogido, todo se resiente. Evitar que alguien se sienta excluido es, por tanto, deber y responsabilidad de todos. Nadie puede quedar rezagado o postergado, nadie puede ser menospreciado. La edificación del bien común, la respuesta a los desafíos actuales que quiere la suma de esfuerzos, la complementariedad de perspectivas y la sinergia de medidas. Es por ello que colabora, dialoga, busca soluciones consensuadas es en la actualidad más urgente que nunca (cf. LS, 94-95).

En *Laudato si'*, Francisco otorga un puesto de relieve al intercambio de ideas, primordial para aquellos que, con sincero corazón, dedican su vida a la búsqueda de la verdad. En este párrafo que recibimos, un regalo del Creador que él nos confía, en particular las que se concentran en el saber técnico y científico, pero también en las dedicadas a la economía y la comunicación. El Santo Padre evidencia lo sustancial que es entablar un coloquio con todos los que habitamos el planeta tierra (LS, 3), ese ámbito materno y fraterno, en el que estamos llamados a la solidaridad, al encuentro, pero sobre todo a la cultura del justo trato al ser humano y a la naturaleza, porque si entre ambos polos no hay armonía lo que habrá es un desencuentro con repercusiones mutuas y nocivas.

Por otra parte, el Obispo de Roma tiene la certeza de que no habrá solución a los problemas que afectan a nuestro planeta si nos quedamos en el campo de la retórica y no damos paso a la acción. Una acción que exige una

implicación directa, un apropiarse del dolor ajeno (cf. LS, 19). Nos está diciendo con ello que ha llegado, por tanto, el tiempo de acabar con el hábito de mirar de lejos el sufrimiento del pobre, de pensar un desarrollo al margen de la solidaridad o de la resolución de las cuestiones ambientales. Es hora de desprezarnos del sopor causado por el egoísmo que a menudo nos asalta y atenaza o por la insensibilidad que con frecuencia nos ciega el alma (cf. LS, 159-160). Si no existe ese compartir, esta compasión, lo que hoy se llama «progreso», en realidad, tendría que calificarse como «retroceso». Si el hombre solo avanza en tecnología y ciencia, en telecomunicaciones, informática y medicina, lo que se incrementa es su erudición, pero no su humanidad.

Precisamente en *Laudato si'*, Francisco muestra que, si los adelantos técnicos y científicos de las últimas décadas han posibilitado un desarrollo sin precedentes en numerosas facetas del saber humano, erradicando pandemias y enfermedades, eliminando penurias y mejorando las condiciones de vida de una multitud ingente de personas, no es menos cierto que asimismo han dejado al descubierto lo frágil que es la vida humana en determinadas regiones de la tierra, los perjuicios ocasionados a nuestro planeta y los excesos cometidos contra los ecosistemas, con transformaciones que no siempre han sido beneficiosas para el ser humano (cf. LS, 46).

Al respecto, no tenemos nada más que abrir los ojos y mirar a nuestro alrededor. Al hacerlo, en cualquier observador avezado se despiertan serias preocupaciones. Y esto al comprobar, por ejemplo, el aumento de la contaminación de los océanos, que tanto afecta a las personas. Es igualmente notoria la acidificación de los suelos, el menoscabo constante de la calidad del agua potable, la extensión paulatina de los desiertos, el enrarecimiento del aire que

Intervención de monseñor Chica Arellano en el Foro internacional de los pueblos indígenas

Cuidar, proteger y respetar

respiramos, la acumulación de basuras, el incremento de fenómenos climatológicos extremos, el avance de la deforestación, o la disminución de los glaciares con el consiguiente aumento continuo del nivel del mar. Podemos igualmente señalar cómo los nuevos cultivos, los oligopolios, las alambradas, la proliferación de autopistas y las carreteras, los embalses y otras construcciones van tomando posesión de los hábitats y a veces los fragmentan de tal manera que las poblaciones de animales ya no pueden migrar ni desplazarse libremente, de modo que algunas especies entran en riesgo de extinción (cf. LS, 134-135). Sobre todo en el capítulo primero de LS, el Sucesor de Pedro se detiene en esos fenómenos y otros, llamando a las cosas por su nombre, con el propósito de sensibilizar a la opinión pública, poner sólidas bases hermenéuticas que alerten sobre la gravedad de lo que está sucediendo e incitar a construir liderazgos que marquen caminos para su solución, no olvidando asimismo que «se vuelve indispensable crear un sistema normativo que incluya límites infranqueables y asegure la protección de los ecosistemas, antes que las nuevas formas de poder derivadas del paradigma tecnocómico terminen arrasando no sólo con la política sino también con la libertad y la justicia» (LS, 53).

No es extraño, por tanto, que el contenido de *Laudato si'* haya superado los confines de la Iglesia y sea objeto de análisis y debate en múltiples foros internacionales, académicos, ecológicos, juveniles, asociativos, etc. Y esto porque la palabra de Francisco, cuando aborda una temática en la encíclica, no usa lugares comunes, ni cae en tópicos ajetados, vagas generalizaciones o afirmaciones manidas. Más bien alienta a mirar la Creación de forma novedosa, es decir, y si se me permite esta expresión, con ojos de profeta, para no quedar seducidos por el inmediatismo, el cortoplacismo o el pragmatismo reduccionista. Se trata de pensar y actuar con decisión y eficiencia, no bloqueándonos en el efímero de un hoy convulsivo, sino ampliando nuestra mirada con vistas al futuro. Pero no solo esto, se requiere además mirar el conjunto, la complejidad de los problemas, para percibir el entramado sistémico que engloba las cosas. Todo está relacionado, conectado (cf. LS, 137-138). Por ello se precisan, y vuelvo a pedir permiso para otra expresión, ojos de poeta, que son los que animan a la hondura, a evitar caer en posicionamientos vacuos o asilacionistas, en el sesgo o la parálisis de decisiones tendentes únicamente a la autoreferencialidad, tan presente en nuestros días como perjudicial. Alejada de ese planteamiento, LS se transforma en una invitación a mirarnos a nosotros mismos en estrecha conexión con la naturaleza, sabiendo que estamos incluidos en ella, que somos parte de ella (cf. LS, 89, 129, 220). Está interconexión nos ayuda a velar por nuestro entorno, a desarrollarlo en nosotros un sentido comunitario, a luchar por nuestra tierra y nuestra gente.

Como último punto, me parece fundamental subrayar una cuestión que quizás supere a otras por su relevancia. Todos sabemos, y es algo que no se debe ocultar, que la preocupación por el medio ambiente requiere medidas que a

veces son gravosas porque restringen toda una serie de comodidades, en su mayoría superfluas, pero que por desgracia se han convertido a veces en nuevas esclavitudes, especialmente para los ciudadanos de los países más desarrollados. Pues bien, la invitación del Papa Francisco a la sobriedad, que no es desprecio de los bienes, sino valoración de ellos, es una invitación a ser algo tan problemático o más que el hambre debe hacernos pensar. Promover la sobriedad y un estilo de vida austero y sencillo (cf. Rom 12, 16; 1 Pe 5, 8) casi me atrevo a decir que es un paso necesario para poder llevar a la práctica no pocas medidas imprescindibles para cuidar nuestro mundo. Todos estos aspectos han sido abordados ampliamente por el Sucesor de Pedro al final de su encíclica: «La espiritualidad cristiana propone un modo alternativo de entender la calidad de vida, y alienta un estilo de vida profético y contemplativo, capaz de gozar profundamente sin obsesionarse por el consumo. Es importante incorporar una vieja enseñanza, presente en diversas tradiciones religiosas, y también en la Biblia. Se trata de la convicción de que «menos es más».

La constante acumulación de posibilidades para consumir distrae el corazón e impide valorar cada cosa y cada momento. En cambio, el hacerse presente serenamente ante cada realidad, por pequeña que sea, nos abre muchas más posibilidades de comprensión y de realización personal. La espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Es un retorno a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño, agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin apearnos a lo que tenemos ni entristecernos por lo que no poseemos. Esto supone evitar la dinámica del dominio y de la mera acumulación de placeres. La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora. No es menos vida, no es una baja intensidad sino todo lo contrario. En realidad, quienes disfrutamos más y viven mejor cada momento son los que dejan de picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tienen, y experimentan lo que es valorar cada persona y cada cosa, aprenden a tomar contacto y saben gozar con lo más simple. Así son capaces de disminuir las necesidades insatisfechas y reducen el cansancio y la obsesión. Se puede necesitar poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración. La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida» (LS, 222-23).

Concluyendo, no es aventurado afirmar que el magisterio de Francisco, en particular la enseñanza de *Laudato si'*, es una apuesta por la esperanza, virtud siempre necesaria y que rezuma apertura, ensanchamiento, roturación de nuevos caminos y construcción de puentes que hermanan. Quien repase este documento tenga la certeza de que descubrirá criterios fecundos e inspiradores para la salvaguarda de la vida, la lucha contra la miseria en el mundo, el cuidado de la naturaleza y la preservación de la biodiversidad. A este respecto, las propuestas del Santo Padre no cesan de caldar y favorecer razonamientos que fomenten un desarrollo económico inclusivo e integral, que acaben con la brecha existente entre ricos y pobres, que reduzcan de forma incisiva las desigualdades, incrementen la vitalidad de las zonas rurales y no mermen los tesoros naturales y sociales.

Podría decirse que *Laudato si'* es una auténtica summa ecológica de donde extraer ideas para aguzar el oído hacia el clamor de una tierra que gime y de unos pobres que claman y ante los cuales no podemos permanecer indiferentes (cf. LS, 2). Dicho grista requiere un cambio de rumbo, una respuesta adecuada, perentoria y eficaz. Ante el deterioro de nuestro planeta, ante el sufrimiento de los postergados no son suficientes las palabras o las meras declaraciones. Hay que actuar ya. Las heridas de la tierra y el dolor de los pobres no consisten la espera (cf. LS, 61, 202). En este sentido, *Laudato si'* reclama que cada cual se examine para ver lo que ha hecho hasta aquí y lo que debe hacer todavía para que nuestra casa común sea un hogar fraterno y no excluyente. De la lectura de este texto magisterial sacamos que no basta traer a colación criterios generales, enumerar objetivos, mostrar las injusticias graves, o profetizar denuncias con cierta audacia; todo ello no tendrá peso real si no va acompañado en cada persona por una toma de conciencia más viva de su propia responsabilidad y de una acción efectiva. *Laudato si'* nos enseña que, a la hora de cuidar la tierra y socorrer a los necesitados, nadie sobra. Todos somos bienvenidos: gobiernos, organizaciones internacionales, el sector privado, y también las personas individualmente. Resulta demasiado fácil echar sobre los demás la responsabilidad de las presentes injusticias, si al mismo tiempo no nos damos cuenta de que todos somos también responsables, y que, por tanto, la conversión personal es la primera exigencia. Esta humildad esencial quita a nuestra acción toda clase de aspiranzas y de sesgos nocivos; evitará también el desaliento frente a una tarea que se presenta con proporciones inmensas.

Le agradezco al Papa Francisco su magisterio, tan vibrante y enjundioso, tan claro y profético. Entre sus múltiples y variados pronunciamientos, *Laudato si'* descuellan como montañas caudales. Bebiendo de él, cada uno de nosotros, allá donde se encuentre, seguro que recobra el aliento para contemplar el mundo no desde la lógica del dominio, sino desde la solidaridad, el servicio y la colaboración con los que viven en las orillas de la vida y el progreso, de modo que nadie quede atrás.



El encuentro del Pontífice con los periodistas durante el vuelo de regreso de Emiratos Árabes Unidos

La Declaración que he firmado con el Gran Imán aplica el Concilio

Publicamos a continuación una transcripción de la conferencia de prensa que ofreció el Papa Francisco durante el vuelo de regreso de los Emiratos Árabes Unidos el martes 5 de febrero. Respondiendo a las preguntas de los periodistas, el Pontífice abordó temas como la relación con el Islam o la situación en Venezuela.

[Gisotti] Buenas tardes, Santo Padre, buenas tardes a todos. Los periodistas a menudo usamos el adjetivo «histórico» y, a veces, nos dicen que lo usamos con demasiada frecuencia, pero tal vez en este viaje esté bien. Muchos lo han usado en muchos idiomas diferentes. Realmente un viaje breve de duración, pero con un horizonte verdaderamente amplio, y todos esperan que los frutos sean duraderos, a partir de las semillas de estos días. Un viaje que vio hoy, hace unas horas, el encuentro con un pueblo de muchos pueblos: los organizadores locales dijeron que hubo casi cien nacionalidades presentes. Y ayer este Documento, de valor realmente extraordinario, una sorpresa, pero una de esas sorpresas que imagino que los colegas han tenido el placer de contar por su importancia. No sé si, antes de las preguntas, Santo Padre, usted quiere hacer una breve introducción.

En primer lugar, buenos días, y gracias por la compañía. Ha sido un viaje demasiado corto, pero ha sido una gran experiencia. Creo que cada viaje es histórico y cada uno de nuestros días: es escribir la historia de cada día. Ninguna historia es pequeña, ninguna. Toda historia es grande y digna, e incluso si es fea, si la dignidad está oculta, siempre puede emerger. Muchas gracias por vuestra colaboración.

[Gisotti] Comencemos con las preguntas, como es tradición, a partir de los periodistas locales. Este Documento, que está tan lleno de contenido, realmente plantea tantas preguntas, tantas reflexiones. El primero en abordar la cuestión, Santo Padre, es Imad Atrach, de «Sky News Arabia».

[Imad Atrach] Santidad, ¿cuáles serán los resultados de este viaje y cuáles han sido sus impresiones sobre los Emiratos Árabes Unidos?

He visto un país moderno, me ha impresionado la ciudad, la limpieza de la ciudad. También pequeñas curiosidades: por ejemplo, cómo hacen para regar las flores en ese desierto. Es un país moderno, también acogedor para tantos pueblos que van allí. Es un país que mira hacia el futuro. Por ejemplo, entre otras cosas, la educación de los niños: los educan mirando al futuro, siempre. Es lo que me han explicado. Después, otra cosa que me ha impresionado es el problema del agua: están tratando, para un futuro próximo, tomar el agua del mar y hacerla potable, y también así con el agua de la humedad del aire; siempre buscando cosas nuevas. Y también he escuchado a alguien: «Un día nos faltará el petróleo y nos estamos preparando para ese día, porque tendremos algo más que hacer». Este es un país que mira al futuro.

Luego, me ha parecido un país abierto, no cerrado. También la religiosidad: el islam es un islam abierto, no cerrado, de diálogo, un islam fraterno y de paz. Sobre esto, subrayo la vocación para la paz que he sentido presente, a pesar de que haya problemas de algunas guerras en la zona. Pero esto lo he sentido. Después, para mí fue muy conmovedor el encuentro con los sabios [el Consejo de Ancianos], con los sabios del islam, algo profundo; procedían de diversas partes, de diferentes culturas. Y esto también indica la apertura de este país a un cierto diálogo regional, universal, religioso. Después, también me sorpren-



dió el encuentro interreligioso: un hecho cultural significativo; y además —lo he mencionado en el discurso— lo que hicieron aquí el año pasado sobre la protección de los menores en los medios, en internet. Porque la pornografía infantil hoy es una «industria» que da produce mucho dinero, y se aprovecha de los niños. Este país se ha dado cuenta y ha hecho cosas positivas. Seguro habrá problemas y aspectos negativos, pero en un viaje de menos de tres días, estas cosas no se ven y, si se ven, uno mira a otra parte... Y gracias por la acogida.

[Nour Salman, de «Emirates News Agency»] Su Santidad, muchas gracias por esta oportunidad. La pregunta que deseamos formular es: ahora que se ha firmado la Declaración de Abu Dabi sobre la fraternidad humana, ¿cómo se aplicará este Documento en el futuro? ¿Y qué piensa sobre el anuncio de Su Alteza Mohammed Bin Zayed de la construcción de la iglesia de San Francisco y la mezquita del Imán Ahmed El-Tayeb?

El Documento fue preparado con mucha reflexión y también rezando. Tanto el Gran Imán con su equipo como yo con el mío, hemos rezado mucho para lograr escribir este Documento, porque, para mí, solo hay un gran peligro en este momento: la destrucción, la guerra, el odio entre nosotros. Y, si nosotros los creyentes no somos capaces de darnos la mano, abrazarnos, besarnos y también rezar, nuestra fe será derrotada. Este Documento nace de la fe en Dios que es Padre de todos y Padre de la paz y condena toda destrucción, todo terrorismo, desde el primer terrorismo de la historia, que es el de Caín. Es un documento que se ha ido realizando casi en un año, ida y vuelta, oraciones... Pero se quedó así para madurar, reservado, para no dar a luz al niño antes de tiempo, para que madurara. Gracias.

[Joerg Seisselberg, de la «ARD» alemana.] Santo Padre, ha sido un viaje lleno de encuentros, de impresiones, de imágenes. Se me ha quedado en la mente la escena de su llegada, fue recibido con los honores militares, con los aviones militares que

dibujaron los colores vaticanos en el cielo. Me pregunto: ¿Qué tiene que ver esto con el Papa Francisco, con el Papa que llega con un mensaje de paz? ¿Qué siente y qué piensa en esos momentos? Y, siempre sobre este tema, su llamado por la paz en Yémen: ¿Qué reacciones ha recibido en sus encuentros que le hacen esperar que sea recibido este mensaje, que se darán pasos hacia la paz en Yémen? Gracias.

Gracias. Yo interpreto todos los gestos de bienvenida como gestos de buena voluntad. Cada uno los hace según la propia cultura. ¿Qué he encontrado aquí? Una acogida muy grande, que querían hacer de todo, pequeñas y grandes cosas, porque sentían que la visita del Papa era algo bueno. Alguno llegó a decir que era una bendición: esto lo sabe Dios, pero ellos querían hacerme sentir que era bienvenido. Sobre el problema de las guerras: usted menciona una. Sé que es difícil dar una opinión después de dos días y de haber hablado sobre el tema con pocas personas. Yo diré que he encontrado buena voluntad para poner en marcha procesos de paz. Esta [actitud] es la que he encontrado un poco, como común denominador, cuando he hablado sobre las situaciones bélicas —usted ha mencionado la de Yémen—. He encontrado buena voluntad para poner en marcha procesos de paz.

[Domenico Agasso, de «La Stampa»] Santo Padre, después de la histórica firma de ayer del Documento sobre la fraternidad, en su opinión, ¿cuáles podrán ser las consecuencias en el mundo islámico, pensando principalmente en los conflictos en Yémen y en Siria? Y, ¿qué consecuencias habrá también entre los católicos, considerando que hay una parte de los católicos que le acusa de dejarse instrumentalizar por los musulmanes?

¡Pero no solo por los musulmanes! Me acusan de dejarme instrumentalizar por todos, ¡también por los periodistas! Es parte del trabajo [mío], pero sí me gustaría decir una cosa. Esto lo reafirmo claramente: Desde el punto de vista católico, el Documento no se ha separado ni un milímetro del Vaticano II, incluso se cita en varias ocasiones. El Documento fue hecho en el espíritu del Vaticano II. Y he querido, antes de tomar la decisión de decir: «está bien así, lo firmamos así» —por lo menos por mi parte—, que lo leyera algún teólogo y también oficialmente el teólogo de la Casa Pontificia, que es un dominico, con la bella tradición de los dominicos; no es ir a la caza de brujas, sino ver lo que es correcto; y él lo aprobó. Si alguien se siente disconforme, lo comprendo, no es algo de todos los días y no es un paso hacia atrás, es un paso hacia adelante, pero un paso hacia adelante que viene de hace 50 años, viene del Concilio, que debe ser desarrollado.

Los historiadores dicen que para que un Concilio eche raíces en la Iglesia se necesitan 100 años; estamos a medio camino. Y esto puede suscitar perplejidad, también a mí. Le diré: vi una frase [del Documento] y me dije: «pero esta frase no sé si está bien». ¡Era una frase del Concilio! Y me sorprendió incluso a mí. En el mundo islámico hay diferentes opiniones, hay algunas más radicales y otras no. Ayer, en el Consejo de los sabios, había por lo menos un chita, con una universalidad muy grande y habló bien. Habrá discrepan-

cias también entre ellos —no conozco bien—, pero es un proceso y los procesos maduran, como las flores, como la fruta.

[Matilde Imberty, de "Radio France"] Buenas tardes, Santo Padre. Usted acaba de terminar la visita a los Emiratos Árabes Unidos e irá dentro de poco a Marruecos: también un viaje importante. Parece que ha elegido hablar con interlocutores bien precisos del islam. ¿Es una decisión de campo? Después, siempre a propósito del islam, el Documento histórico firmado ayer es muy ambicioso en relación con la educación: en su opinión, ¿podrá tocar verdaderamente a los fieles musulmanes? Gracias.

Yo sé y he escuchado de algunos musulmanes decir que [el Documento sobre la fraternidad humana] será estudiado en las universidades, por lo menos en la de al-Azhar de seguro, y en las escuelas. Estudiado, no impuesto. Esto, comenzando por el final de su pregunta. Después, es un poco casual la cercanía de los dos viajes, porque yo quería ir a Marrakech al encuentro [a la Conferencia de la ONU sobre las migraciones], pero había cuestiones protocolarias y no podía ir a un encuentro internacional sin visitar antes el país, pero no tenía tiempo.

Y por ello postergamos la visita, que será poco después de esta. Fue el Secretario de Estado el que fue a Marrakech. Es una cuestión diplomática y de educación también, pero no ha sido algo planeado. También en Marruecos, seguiremos las huellas de san Juan Pablo II, que fue allí: fue el primero en ir allí. Será un viaje agradable. Luego llegaron invitaciones de otros países islámicos, pero no hay tiempo este año. Veremos el próximo año, yo o el otro Pedro, si alguno irá. Gracias.

[María Sagrario Ruiz, de Radio Nacional de España] Buenas tardes, Santo Padre. Hago la pregunta en español. La diplomacia vaticana tiene un largo historial de practicar esa diplomacia de los pequeños pasos en la mediación de conflictos. Quiero recordar concretamente el año 78 cuando Juan Pablo II, su mediación, evitó una guerra entre su país, Argentina, y Chile. Hemos sabido ayer que Nicolás Maduro, y volvemos a Venezuela, ha enviado una carta queriendo reiniciar el diálogo, tiene al Secretario de Estado Parolin que conoce perfectamente ese país. Todas las miradas, muchas de ellas, están puestas en el Papa Francisco y en el Vaticano. ¿Qué está haciendo el Vaticano o qué piensa hacer? Usted dijo que estaba dispuesto a mediar si así se lo pedían. ¿En qué estado estamos, en qué momento?

Gracias. La mediación entre Argentina y Chile fue verdaderamente un acto valiente de san Juan Pablo II, que evitó una guerra que era inminente. Hay pequeños pasos y el último es la mediación. Son pequeños pasos iniciales, que favorecen, pero no solo en el Vaticano, en toda la diplomacia: cercanía al uno y al otro para poner en marcha posibilidades de diálogo. Se hace así en el Vaticano. Creo que en la Secretaría de Estado podrán explicar bien todos los diferentes pasos que se pueden dar. Antes del viaje, yo sabía que llegaría con la valija diplomática una carta de Maduro. Todavía no he leído esta carta. Veremos qué se puede hacer.

Pero, para que se realice —tomemos el último paso— una mediación, se necesita la voluntad de ambas partes: deberán pedirla ambas partes. Fue el caso de Argentina y Chile. La Santa Sede en Venezuela ha estado presente en el momento del diálogo en el que estaba también su compatriota, Rodríguez Zapatero: una primera reunión con monseñor Tscherrig y después continuó monseñor Celli. Y allí "se dio a luz a un ratoncito": nada, humo. Ahora,

no sé, veré esa carta y veré qué se puede hacer. Pero las condiciones iniciales son que ambas partes lo pidan. Nosotros siempre estamos disponibles. Es lo mismo que cuando la gente va a ver al cura porque hay un problema entre marido y mujer. Va uno, y se pregunta: "pero, la otra parte ¿viene o no viene? ¿Quiere o no quiere?". Siempre las dos partes, este es el secreto. Y también para los países; esta es una condición que deben tener en cuenta antes de pedir una facilitación o la presencia de un observador o una mediación. Ambas partes, siempre. Gracias. E, ¡iré a España!

[Nicole Winfield, de "Associated Press"] Santo Padre, la semana pasada, la revista femenina de "L'Osservatore Romano" publicó un artículo denunciando el abuso sexual que han sufrido mujeres consagradas en la Iglesia —mujeres adultas, monjas— por parte del clero. Hace algunos meses la Unión de las Superiores Generales hizo una denuncia pública. Sabemos que la próxima reunión en el Vaticano será sobre el abuso de menores, pero ¿podemos pensar que la Santa Sede puede hacer algo para afrontar también este problema, tal vez con un documento o líneas guía? Gracias.

Responderé a esto, espera un momento, pero prefiero terminar con el viaje y después, la primera a la que responderé será la tuya. ¿Está bien así?

[Gisotti] Entonces, mientras Nicole espera, es el turno de María Angeles Conde, de "Rome Reports".

[María Angeles Conde] Buenas tardes, Santo Padre. Yo le hago la pregunta en nombre del grupo de lengua española. Ha mantenido un encuentro con el Consejo de Ancianos. En la medida de lo posible, lo que nos pueda contar, qué temas tocaron y si usted vuelve a Roma con la impresión de que el mensaje ha llegado a sus interlocutores.

Los ancianos son verdaderamente sabios. Primero habló el Gran Imán. Luego cada uno de ellos, comenzando por el más anciano, que hablaba español —sí, porque era de Mauritania y lo había aprendido allí, anciano, de



ochenta años—, hasta el más joven, que es el secretario del Consejo y habló poco, pero dijo todo en un video, su especialidad, es un comunicador. Me gustó este encuentro, fue algo muy hermoso. Hablaron comenzando por la palabra clave: "sabiduría" y después "fidelidad". Subrayaron que es un camino de la vida con el que esta sabiduría crece y la fidelidad se refuerza. Y de ahí nace la amistad entre los pueblos. Eran diferentes; no sé cómo explicar: uno era chiita, otros con diferentes matices. Y después, este camino de sabiduría y fidelidad te lleva a la construcción de la paz, porque la paz es una obra de la sabiduría y de la fidelidad, fidelidad humana, entre los pueblos y todo esto. Me quedé con la impresión de haber estado entre verdaderos sabios. Y esta es una garantía para el Gran Imán, contar con este Consejo.

[Angelina] Está satisfecho, imagino...

Sí, muy satisfecho, gracias.

[Sofía Barbarani, de "The National"] Buenos días, esta es la pregunta que le queremos hacer, siempre del grupo de medios de comunicación de Abu Dhabi: Hoy una niña le ha entregado una carta —hemos visto— corrió hacia usted cuando estaba en el coche. Queremos saber si ha leído ya la carta, y si sabía qué decía.

No he tenido tiempo. Las cartas están ahí, las están clasificando para leerlas después.



La Declaración que he firmado con el Gran Imán aplica el Concilio



VIENE DE LA PÁGINA 9

[Sofía Barbarani] ¿Y nos puede decir qué impresión le dio cuando vio a esta joven ir hacia usted?

Esa niña es valiente. La detuvieron y yo dije: “No, dejadla que se acerque”. Esa niña tiene futuro, tiene futuro. Y me atrevería a decir: ¡pobre marido! Tiene futuro, es valiente. Me gustó, porque se requiere valentía para hacer esto. Y después otra chica le siguió, eran dos: vio a la otra y tomó valor.

[Franca Giansoldati] Santidad, el Imán El-Táyeab habló, denunció la islamofobia, el miedo al islam. ¿Por qué no se escuchó algo sobre la cristianofobia o, de todos modos, sobre la persecución de los cristianos?

Verdaderamente he hablado de la persecución de los cristianos, no en ese momento, pero de ello estoy hablando frecuentemente. También en este viaje he hablado —no me acuerdo dónde— pero de ello he hablado. No sé, creo que el Documento es más de unidad y de amistad, y subrayé esto. Ahora me viene a la mente: también el Documento es condenatorio, condenatorio de la violencia. Y algunos grupos que se dicen islámicos —incluso si los sabios dicen que eso no es el islam— persiguen a los cristianos. Me acuerdo de aquel papá en Lesbos con tres niños. Tenía treinta años, no más, y lloraba, y me dijo: «Yo soy islámico, mi mujer, mi esposa, era cristiana, y vinieron los terroristas del ISIS, vieron la cruz, y le dijeron: “convértete”. Y ella dijo: “No, yo soy cristiana”. Y delante de mí la degollaron». Este es el pan cotidiano de los grupos terroristas. No solo hacia los cristianos, sino también la destrucción, la destrucción de la persona. Por esto el Documento estuvo fuertemente condenatorio en ese sentido.

[Inés San Martín, de “Crux”] Santo Padre, una pregunta relacionada en realidad a la que acaba de hacer mi colega, porque no tuvimos tiempo de coordinarla. Pero, como yo le dije en el viaje pasado, tuve la posibilidad de entrevistar al arzobispo de Mosul en Irak, que siempre dice que lo están esperando y niega que estén, a propósito, discutiendo los obispos, sino que simplemente lo están esperando. Usted habló de la libertad religiosa, habló de que la libertad religiosa va más allá de la libertad de culto. ¿Se puede hablar un poco más de este tema? Porque hoy fuimos, o acá estamos volviendo de un país que es conocido por su tolerancia, sin embargo, muchos de los católicos que estaban hoy en el polideportivo, hoy por primera vez, desde que llegaron a Emiratos Árabes Unidos pudieron manifestarse abiertos con respecto a su fe y a sus creencias. Entonces, ¿puede haber un cambio que vaya más allá del hoy?

Los procesos tienen principios, ¿no es cierto? Uno puede preparar un acto y ahí se hace el acto y después ya hay un antes y un después. Yo creo que la libertad va en proceso siempre, debe ir en proceso, siempre más, no

se tiene que parar. A mí me impresionó un coloquio que tuve, antes de salir, con un chico de 13 años en Roma que quiso verme; quiso verme, lo atendí y me dijo: “Bueno, para mí algunas cosas me parecen interesantes, pero le quiero decir que le quiero decir que soy ateo. ¿Qué debo hacer como ateo para convertirme en un hombre de paz?”. Yo le dije: “Haz lo que sientes”, y le hablé durante un rato. Pero me gustó la valentía del chico: es ateo pero busca el bien, busca este camino. También esto es un proceso, un proceso que debemos respetar y acompañar. Acompañar todos estos procesos para el bien, todos, sean del “color” que sean. Y estos, creo que son pasos hacia adelante. Gracias.

[Gisotti] Entonces, Santo Padre, el tiempo se está acabando. Pero hay una respuesta por dar.

Es verdad, el maltrato de las mujeres es un problema. Me atrevería a decir que la humanidad todavía no ha madurado, la mujer es aún considerada “de segunda clase”. Comencemos de aquí: es un problema cultural. Después se llega hasta los feminicidios. Existen países en los que el maltrato a las mujeres llega hasta el feminicidio. Y antes de llegar a su pregunta concreta, una curiosidad que me dijeron, pero ustedes investiguen para saber si es verdad o no. Me dijeron que el origen de las joyas femeninas se dio en un país antíguísimo —no sé, de Oriente—, donde existía la ley de expulsar a la mujer, de despedirla [repudiarla]. Si el marido, en ese país —no sé si es verdad o no— le decía: “Vete de aquí”, en ese momento, con lo que tenía puesto, tenía que marcharse, sin recoger nada. Y así las mujeres comenzaron a hacerse joyas, de oro y piedras preciosas, para tener algo con qué sobrevivir. No sé si es verdad o no, pero es interesante.

Ahora su pregunta [sobre el abuso de las religiosas por parte de los clérigos]. Es verdad, dentro de la Iglesia ha habido clérigos que han hecho esto; en algunas culturas es un poco más fuerte que en otras; no es una cosa que hacen todos, pero hay sacerdotes y también obispos que lo han hecho. Y yo creo que se hace aún, porque no se trata de algo que, desde el momento que te das cuenta, acaba. La cosa sigue adelante así. Desde hace tiempo estamos trabajando en esto. Hemos suspendido a algún clérigo, expulsado, por esto. Y también —no sé si ya acabó el proceso— hemos tenido que disolver alguna congregación femenina que estaba muy ligada a esto, una forma de corrupción. No puedo decir: “En mi casa esto no

pasa”. Es verdad. ¿Se debe hacer algo más? Sí. ¿Tenemos la voluntad de hacerlo? Sí. Pero es un camino que viene de lejos. El Papa Benedicto tuvo la valentía de disolver una congregación de cierto nivel, porque allí había una forma de manipulación de las mujeres, hasta una manipulación sexual [como lo explicó el director ad interim de la Oficina de prensa, el Santo Padre, usando el término esclavitud, quería decir “manipulación” una forma de abuso de poder que se refleja también en un abuso sexual] por parte de clérigos o del fundador. A veces el fundador quita la libertad, vacía de libertad a las religiosas y puede llegar a esto. Sobre el Papa Benedicto quiero destacar que es un hombre que tuvo el valor de hacer tantas cosas sobre esto. Hay una anécdota: él tenía todos los papeles, todos los documentos, sobre una organización religiosa en la que había corrupción en el interior, sexual y económica. Él [como cardenal] iba y había filtros, y no podía llegar. Al final el Papa [San Juan Pablo II], con la intención de entender la verdad, organizó una reunión y Joseph Ratzinger fue allí con una carpeta y todos sus papeles. Y cuando regresó, dijo a su secretario: “Ponlo en el archivo, ganó la otra parte”. Nosotros no tenemos que escandalizarnos por esto, son pasos de un proceso.

Pero después, siendo Papa, la primera cosa que dijo fue: “Tráeme del archivo esos papeles”, y comenzó... Lo que se dice acerca del Papa Benedicto lo hace ver como muy bueno, sí, porque es bueno, bueno, un pedazo de pan es más malo que él, ¡es bueno!, pero lo hace ver también como débil, y en cambio, de débil no tiene nada. Ha sido un hombre fuerte, un hombre consecuente en las cosas. Yo quiero seguir adelante... Existen casos, en algunas congregaciones, especialmente nuevas, y en algunas regiones más que en otras. Sí, es esto. Estamos trabajando.

[Gisotti] Gracias, Santo Padre, Y gracias a todos ustedes. Pero hay una sorpresa al final para un colega que ha alcanzado una meta muy importante.

Me dijeron que festejamos el 150 cumpleaños de Valentina [Alazraki, en su 150 viaje papal]; pero yo no la veo tan momificada. Es una mujer que tiene raíces interesantes. Una vez le dije: “Si usted va a hacerse un análisis de sangre, pondría en dificultad al hematólogo”. Muchas gracias. Recen por mí, no se olviden, lo necesito. Gracias.

Benedicto XVI la fuerza y la bondad

ANDREA MONDA

Una extraña serie de números: 1858, 1929, 2013, que en común tienen solo otros números, 11 y 2, es decir, once de febrero; Por el contrario, tres fechas extraordinarias en la historia de la Iglesia: las apariciones de Lourdes, los pactos de Letrán y la renuncia de Benedicto XVI. Quizás sea esta tercera fecha la que durará más en la historia de la Iglesia, la fecha de aquel gesto revolucionario. Sería erróneo reducir el pontificado de ocho años de Joseph Ratzinger al evento del 11 de febrero de 2013, pero el hecho es que la historia de la Iglesia encuentra en ese acto un parteaguas, un punto de inflexión, un «cambio de época», por decirlo con las palabras del Papa Francisco.

La época que Benedicto cerró detrás de él, renunciando al trono de Pedro, es el siglo XX, el breve y terrible siglo de las dos guerras mundiales y de los grandes genocidios; un siglo que comenzó en el corazón de Europa el 28 de junio de 1914 con el asesinato de Francis Ferdinand en Sarajevo y el desencadenamiento de la Gran Guerra, la guerra del poder, y terminó el 11 de febrero de 2013, cuando el último monarca absoluto viviente, el templado sacerdote alemán Joseph Ratzinger renunció al poder. Probablemente en la memoria de Benedicto prevalecerá la de su santo predecesor y su sucesor volcánico, pero es cierto que tanto Juan Pablo II como Francisco no pudieron ser lo que fueron y son sin la presencia fuerte y discreta de Joseph Ratzinger.

Y los dos lo han reconocido varias veces. Francisco lo ha dicho a menudo, hace solo unos días, al regresar del viaje a los Emiratos Árabes Unidos, respondiendo a las preguntas de los periodistas (inevitable aquella sobre el tema de los abusos, el periodismo a menudo peca de fantasía), quiso subrayar que «Benedicto XVI tuvo la valentía de hacer muchas cosas sobre este tema. [...] El folklore lo hace ver como débil, pero de débil no tiene nada. Es un buen hombre, un pedazo de pan es peor que él, pero es un hombre fuerte».

Hermoso subrayado que nos recuerda algo tan cierto que a los hombres, a menudo entorpecidos por la fuerza de la costumbre puede resultar falso o al menos paradójico: que la fuerza y la bondad caminan juntas, alimentándose de manera recíproca.

Viene a la mente el incipit de *Blanco sobre negro*, de Rubén Gallego: «Los protagonistas de este libro son personas fuertes, muy fuertes. A menudo sucede que debemos ser fuertes. Y buenos. No todos pueden permitirse ser buenos, no todos pueden superar la barrera de la incompreensión general. Con demasiada frecuencia la bondad pasa por la debilidad. Y es una cosa triste». Y luego está esa extraordinaria figura del león de Aslan de las *Crónicas de Narnia* creado por C.S. Lewis, que comparte en sí mismo la majestad con la bondad, la fuerza con la misericordia, inspirando al mismo tiempo temor y confianza. Para lograr el gesto que hizo Benedicto XVI hace seis años, necesitamos un «entrenamiento» de toda una vida, una vida dedicada a crecer juntas fuerza y bondad, se necesita valentía, en definitiva, una valentía de leones.

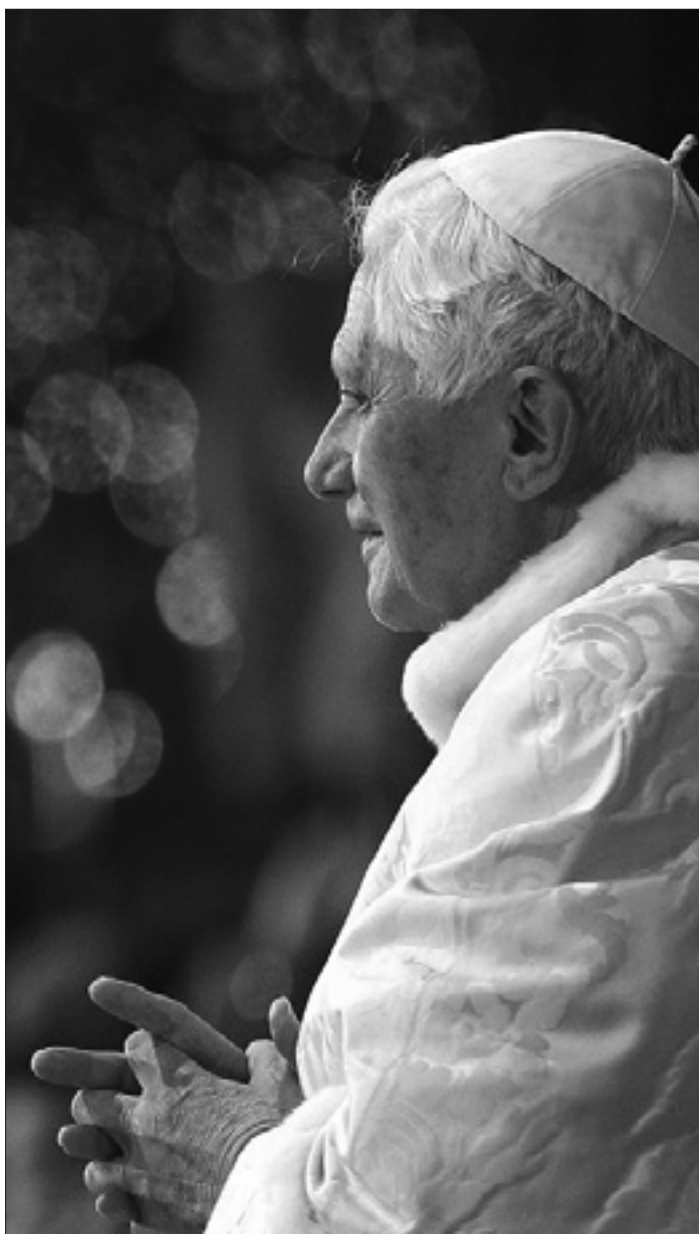
Actualidad de un magisterio

ANDREA TORNIELLI

Han pasado seis años desde aquel relámpago en un cielo sereno, la primera renuncia de un Papa por razones de salud y vejez. El 11 de febrero de 2013, Benedicto XVI, casi al final del octavo año de su pontificado, anunció su deseo de dejar el ministerio petrino a fines de ese mismo mes, porque ya no se sentía capaz de llevar —física y espiritualmente— el peso del pontificado. El peso de un ministerio que ha cambiado profundamente en el último siglo con respecto a la forma en que se ejerce, con la adición de celebraciones, compromisos, citas y viajes internacionales. Se ha dicho y escrito mucho sobre ese evento destinado a marcar la historia de la Iglesia. Y uno puede correr el riesgo de centrar toda la atención solo en ese gesto humilde y perturbador, terminando así eclipsando el testimonio personal y, sobre todo, el magisterio de Benedicto XVI.

Con respecto al testimonio, dado el inminente comienzo de la reunión para la protección de los menores que se reunirán en el Vaticano con el Papa Francisco, los presidentes de las Conferencias Episcopales de todo el mundo, vale la pena recordar que fue Benedicto XVI quien inició los encuentros con víctimas supervivientes de abuso. Encuentros alejados de las cámaras, hechos de escucha, oración y llanto. Por supuesto, estos encuentros se acompañaron de normas más claras y más decisivas para combatir la terrible plaga del abuso. Pero no hay duda de que el cambio de mentalidad que se requiere sobre todo para los obispos y superiores religiosos pasa por esta capacidad de encontrarse con las víctimas y sus familias, dejándose herir por sus dramáticas historias, para tomar conciencia de un fenómeno que no podrá nunca combatirse solo con normas, códigos o mejores prácticas.

En cuanto al magisterio del Papa Ratzinger, demasiado a menudo «aplastado» por lecturas restrictivas y clichés prefabricados incapaces



de aumentar su riqueza, complejidad y fidelidad a la enseñanza del Concilio Ecuménico Vaticano II, cómo no recordar la insistencia en el hecho de que la Iglesia «no posee nada de sí misma frente a Aquel que la fundó, de modo que se pueda decir: ¡lo hicimos muy bien! Su significado consiste en ser un instrumento de redención, en dejarse llevar por la palabra de Dios y en introducir al mundo en la unión del amor con Dios».

Lo contrario, por lo tanto, de confiar en estrategias y proyectos. La Iglesia, continuaba Benedicto XVI en un discurso pronunciado en el Konzerthaus en Friburgo de Brisgovia en septiembre de 2011, «cuando realmente es ella misma, siempre está en movimiento, debe ponerse continuamente al servicio de la misión que ha recibido del Señor. Y por esta razón, siempre debe abrirse a las preocupaciones del mundo, de las cuales es parte, dedicarse sin reservas a estas preocupaciones, continuar y hacer presente el intercambio sagrado que comenzó con la Encarnación».

En ese mismo discurso, el Papa Ratzinger advirtió contra la tendencia contraria. La de «una Iglesia satisfecha consigo misma, que se acomoda en este mundo... A menudo infunde a la organización e institucionalización una importancia mayor que su llamado a estar abiertos a Dios y a abrir el mundo al prójimo». Por eso, el Pontífice alemán en ese discurso mostró el lado positivo de la secularización, que «contribuyó de manera esencial a la purificación y reforma interior» de la Iglesia misma, también al expropiarla de sus bienes y privilegios.

Porque, concluyó, «liberada de las cargas y los privilegios materiales y políticos, la Iglesia puede dedicarse mejor y de una manera verdaderamente cristiana a todo el mundo, puede estar verdaderamente abierta al mundo. Puede volver a vivir más fácilmente su llamado al ministerio de la adoración de Dios y al servicio de su prójimo».

En el Padre Nuestro «*faltaba la palabra "yo"*», porque «*no hay espacio para el individualismo en el diálogo con Dios*». Lo subrayó el Papa Francisco en la audiencia general del miércoles 13 de febrero, en el aula Pablo VI, continuando el ciclo de reflexiones sobre la oración enseñada por Jesús.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos nuestro recorrido para aprender a rezar, cada vez mejor, como Jesús nos ha enseñado. Debemos rezar como Él nos ha enseñado a hacerlo. Él dijo: cuando reces, entra en el silencio de tu habitación, retírate del mundo y dirígete a Dios llamándolo «¡Padre!». Jesús quiere que sus discípulos no sean como los hipócritas que rezan de pie en las plazas para que los admire la gente (cf. *Mateo 6, 5*). Jesús no quiere hipocresía. La verdadera oración es la que se hace en el secreto de la conciencia, del corazón: inescrutable, visible solo para Dios. Dios y yo. Esa oración huye de la falsedad: ante Dios es imposible fingir. Es imposible, ante Dios no hay truco que valga, Dios nos conoce así, desnudos en la conciencia y no se puede fingir. En la raíz del diálogo con Dios hay un diálogo silencioso, como el cruce de miradas entre dos personas que se aman: el hombre y Dios cruzan la mirada, y esto es oración. Mirar a Dios y dejarse mirar por Dios: esto es rezar. «Pero, padre, yo no digo palabras...» Mira a Dios y déjate mirar por Él: es una oración, ¡una hermosa oración!

Sin embargo, aunque la oración del discípulo sea confidencial, nunca expira en el intimismo. En el secreto de la conciencia, el cristiano no deja el mundo fuera de la puerta de su

En la oración no hay espacio para el «yo»



habitación, sino que lleva en su corazón personas y situaciones, los problemas, tantas cosas, todas las llevo en la oración. Hay una ausencia impresionante en el texto del Padre Nuestro. ¿Si yo os preguntara a vosotros cuál es la ausencia impresionante en el texto del Padre Nuestro? No será fácil responder. Falta una palabra. Pensadlo todos: ¿qué falta en el Padre Nuestro? Pensad, ¿qué falta? Una palabra. Una palabra por la que en nuestros tiempos, —pero quizás siempre—, todos tienen una gran estima. ¿Cuál es la palabra que falta en el Padre nuestro que rezamos todos los días? Para ahorrar tiempo os la digo: Falta la palabra «yo». «Yo» no se dice nunca. Jesús nos enseña a rezar, teniendo en nuestros labios sobre todo el «Tú», porque la oración cristiana es diálogo:

«santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad». No mi nombre, mi reino, mi voluntad. Yo no, no va. Y luego pasa al «nosotros». Toda la segunda parte del Padre Nuestro se declina en la primera persona plural: «Danos nuestro pan de cada día, perdónanos nuestras deudas, no nos dejes caer en la tentación, líbranos del mal». Incluso las peticiones humanas más básicas, como la de tener comida para satisfacer el hambre, son todas en plural. En la oración cristiana, nadie pide el pan para sí mismo: dame el pan de cada día, no, danos, lo suplica para todos, para todos los pobres del mundo. No hay que olvidarlo, falta la palabra «yo». Se reza con el tú y con el nosotros. Es una buena enseñanza de Jesús. No os olvidéis. ¿Por qué? Porque no hay espacio para el individualismo en el diálogo con Dios. No hay ostentación de los problemas personales como si fuéramos los únicos en el mundo que sufrieran. No hay oración elevada a Dios que no sea la oración de una comunidad de hermanos y hermanas, el nosotros: estamos en comunidad, somos hermanos y hermanas, somos un pueblo que reza, «nosotros». Una vez el capellán de una

cárcel me preguntó: «Dígame, padre, ¿cuál es la palabra contraria a yo?». Y yo, ingenuo, dije: «Tú». «Este es el principio de la guerra. La palabra opuesta a "yo" es "nosotros", donde está la paz, todos juntos». Es una hermosa enseñanza la que me dio aquel cura. Un cristiano lleva a la oración todas las dificultades de las personas que están a su lado: cuando cae la noche, le cuenta a Dios los dolores con que se ha cruzado ese día; pone ante Él tantos rostros, amigos e incluso hostiles; no los aleja como distracciones peligrosas. Si uno no se da cuenta de que a su alrededor hay tanta gente que sufre, si no se compadece de las lágrimas de los pobres, si está acostumbrado a todo, significa que su corazón ¿cómo está? ¿Marchito? No, peor: es de piedra. En este caso, es bueno suplicar al Señor que nos toque con su Espíritu y ablande nuestro corazón. «Ablanda, Señor, mi corazón». Es una oración hermosa: «Señor, ablanda mi corazón, para que entienda y se haga cargo de todos los problemas, de todos los dolores de los demás». Cristo no pasó inmune al lado de las miserias del mundo: cada vez que percibía una soledad, un dolor del cuerpo o del espíritu, sentía una fuerte compasión, como las entrañas de una madre. Este «sentir compasión» —no olvidemos esta palabra tan cristiana: sentir compasión— es uno de los verbos clave del Evangelio: es lo que empuja al buen samaritano a acercarse al hombre herido al borde del camino, a diferencia de otros que tienen un corazón duro. Podemos preguntarnos: cuando rezo, ¿me abro al llanto de tantas personas cercanas y lejanas?, ¿O pienso en la oración como un tipo de anestesia, para estar más tranquilo? Dejo caer la pregunta, que cada uno conteste. En este caso caería víctima de un terrible malentendido. Por supuesto, la mía ya no sería una oración cristiana. Porque ese «nosotros» que Jesús nos enseñó me impide estar solo tranquilamente y me hace sentir responsable de mis hermanos y hermanas.

Hay hombres que aparentemente no buscan a Dios, pero Jesús nos hace rezar también por ellos, porque Dios busca a estas personas más que a nadie. Jesús no vino por los sanos, sino por los enfermos, por los pecadores (cf. *Lucas 5, 31*), es decir, por todos, porque el que piensa que está sano, en realidad no lo está. Si trabajamos por la justicia, no nos sintamos mejor que los demás: el Padre hace que su sol salga sobre los buenos y sobre los malos (cf. *Mateo 5, 45*). ¡El Padre ama a todos! Aprendamos de Dios, que siempre es bueno con todos, a diferencia de nosotros que solo podemos ser buenos con alguno, con alguno que me gusta. Hermanos y hermanas, santos y pecadores, todos somos hermanos amados por el mismo Padre. Y, en el ocaso de la vida, seremos juzgados por el amor, por cómo hemos amado. No solo el amor sentimental, sino también compasivo y concreto, de acuerdo con la regla evangélica —¡no la olvidéis!— «Todo lo que hicierais a uno de estos hermanos míos, más pequeños a mí lo hicierais». Así dice el Señor. Gracias.

Con la estola del pueblo Wichis

Con el gesto de impartir la bendición final de la audiencia usando la estola tejida «por las mujeres del pueblo Wichis, un pueblo originario de una gran cultura», Francisco quiso señalar, una vez más, la centralidad de las periferias. Y es «doble» la periferia de la que llegaron al aula Pablo VI los cinco jóvenes presos de la penitenciaría de Airola: «la periferia como prisión y periferia porque estamos en los márgenes de Benevento», explica el capellán Don Liberato Maglione. «El abrazo entre nuestros muchachos en la cárcel y Francisco —dice— ya es una cita fija y, sobre todo, un motivo de esperanza, porque si el Papa abre su puerta, tal vez incluso se abra la sociedad civil para dar la oportunidad de reintegrarse a quien se ha equivocado».

Como una auténtica cazadora de talentos de la organización benéfica, la hermana Antonietta Colacchi, el infatigable «motor» del Dispensario Vaticano de Santa Marta, que escuchó en Radio Vaticana la canción «Permessu grazie scusa» (Permiso gracias disculpa) —claramente inspirada en la sugerencia paterna del Papa— interpretada por las treinta y cinco voces de los niños del Minicoro de Rovereto, buscó junto a Valentina, su mano derecha en la concreción de la caridad, a los autores de esa canción y los invitó al Vaticano para un abrazo de amistad con la comunidad del Dispensario. Al final de la audiencia general, las hermanas Antonietta y Valentina presentaron al Papa Francisco «el coro de Trentino, que desde hace treinta años —explica el fundador y director Gianpaolo Daicampi— tiene un repertorio centrado en la paz y, con este estilo, cantó también al Parlamento Europeo en Estrasburgo».

El ciclista sardo Fabio Aru se presentó en el aula Pablo VI para donar su bicicleta *Colnago* al Papa



«para que las ganancias de la subasta, al menos nueve mil euros, se destinen a un proyecto de caridad». Aru, de 29 años, profesional desde 2012, ha ganado la *Vuelta* a España, una etapa en el *Tour* de Francia y ha subido dos veces al podio en el *Giro* de Italia. Corre para el equipo de *Uae Emirates*. «Vine con mis padres y mi hermano, —confía el ciclista— porque somos una familia creyente y basamos nuestras vidas y nuestro trabajo en la fe». Relata su espiritualidad, «profundamente arraigada en la historia y la cultura de la gente de Cerdeña, a la que estoy muy apegado». Además, señala, «el ciclismo, como deporte popular, siempre ha tenido una dimensión de fe muy fuerte: Gino Bartali, Fausto Coppi y especialmente Fiorenzo Magni y muchos de mis colegas de ayer y de hoy se reconocen en los valores de la vida cristiana».

Finalmente el Papa dirigió un abrazo y un gracias a los dieciocho jóvenes panameños que, durante la reciente Jornada mundial de la juventud hospedaron a la delegación italiana y también las catequesis de los obispos en la parroquia de Santa María de Guadalupe, en concreto en la escuela Enrico Fermi. Y con su entusiasmo los muchachos panameños hicieron revivir en el aula Pablo VI la alegría de la experiencia de la JMJ. (*Gianpaolo Mattei*)